

Comprender la inmigración,

Guillermo de la Dehesa, Alianza Editorial, 2008, 412 páginas.

La inmigración es una de las cuestiones palpitantes de nuestros días. Sus incidentes merecen titulares y telediaros. Su presencia se palpa en los centros de trabajo, en los grandes almacenes, en los lugares de ocio y en las escuelas. Y al lado de su normalidad cotidiana tiene una dimensión política innegable.

A pesar de la relevancia del problema, en el debate sobre la inmigración dominan las creencias sobre las ideas, y las emociones se imponen al razonamiento y la observación. En este clima de desencuentro, el libro de Guillermo de la Dehesa que, en sus palabras, "intenta ofrecer una explicación sencilla de todos los aspectos de este desarrollo creciente de los movimientos migratorios y evitar así los debates ligeros o incluso las afirmaciones sin evidencia" (página 17), viene a cumplir una función pedagógica de primer orden.

Tras una introducción, el capítulo primero estudia los efectos económicos, tanto en los países de origen como en los de destino, de los movimientos migratorios, o más apropiadamente de la globalización del trabajo, un fenómeno más general que incluye el desplazamiento indirecto del trabajo a través del comercio de sus productos. En el capítulo se pasa revista a los principales trabajos que tratan de explicar la caída de la participación del trabajo en la renta nacional en las últimas décadas; y se examinan las posibles causas de ese empeoramiento relativo de las rentas salariales (y en especial las del trabajo menos cualificado): el progreso técnico, el comercio internacional y la inmigración. También se estudian las medidas aplicadas en Europa para combatir el desempleo, un problema más grave en nuestro continente que en Estados Unidos.

El capítulo segundo se plantea si el comercio internacional puede suplir a la inmigración como mecanismo para elevar el nivel de vida de los inmigrantes potenciales, una cuestión de gran importancia práctica, pues muchos sostienen que los países ricos podrían resolver el problema del subdesarrollo simplemente abriendo sus mercados a las exportaciones de los países pobres, de modo que desaparecería la necesidad de emigrar. La validez de esta recomendación requiere determinar previamente si comercio y migración son, como reza el título del capítulo, sustitutos o complementarios. Y para ello se examina el problema a la luz de las teorías del comercio internacional y de la experiencia histórica aportada en los estudios de O'Rourke, Williamson y Hanson, entre otros. La conclusión es que resulta muy difícil separar los efectos de los flujos de comercio y de capital de los derivados de la emigración, "aunque a corto plazo el comercio bilateral es-

timula la emigración, especialmente cuando las disparidades de salarios y rentas son muy elevadas, como ocurre entre México y Estados Unidos" (67)

El capítulo tercero pone en perspectiva el problema actual de la inmigración, comparándolo con los flujos de mercancías y de población que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX, a partir de la derrota de Napoleón. En esa perspectiva histórica, el capítulo contiene un resumen muy útil de las aportaciones de O'Rourke, Hatton, Williamson y otros historiadores económicos. En el capítulo dominan los datos y los hechos históricos, pero los datos se interpretan a la luz de teorías económicas que les dan sentido. Se analizan en detalle los mecanismos que inclinan a las poblaciones nativas (amenaza a las oportunidades de empleo, alteración de las pautas de conducta de la comunidad, etc.) a rechazar la entrada de inmigrantes. A principios del siglo XX, la inmigración tardía provocó una reacción tan virulenta en Estados Unidos que no sólo se plasmó en el cierre a la entrada de extranjeros sino que contribuyó a alimentar un clima propicio a la adopción de las medidas aislacionistas y xenófobas que caracterizaron la era de los nacionalismos (el periodo de desglobalización desde la Gran Guerra hasta 1950).

En el capítulo 4 se explican los factores determinantes de la decisión de emigrar, las variables subyacentes a las fuerzas de expulsión (del país de origen) y de atracción (del país de acogida). Comienza con la versión actual de la posición de George Borjas, una de las autoridades en este tema, y a continuación se expone el artículo clásico de Sjaastad, el famoso modelo de Roy (o, para decirlo con más precisión, la formalización estocástica que Borjas hace del modelo de Roy) y los trabajos empíricos (no muy numerosos) que se han publicado en este área, casi todos ellos centrados en la emigración de México a Estados Unidos.

Los resultados de estos trabajos empíricos no nos deparan grandes sorpresas: el factor dominante en la decisión de emigrar es la diferencia salarial entre el país de origen y el de destino, aunque la pobreza extrema en el país de origen opera como un factor inhibitorio de la emigración (la trampa de la pobreza); las variables demográficas también son relevantes, y en particular la proporción de la población (en cada país) con edades comprendidas entre los 15 y los 29 años; y como es natural, un factor que favorece la emigración es la existencia de redes étnicas que puedan facilitar el asentamiento del emigrante en el país de destino.

El capítulo 5 aborda la Economía Política de la inmigración. Los componentes sociopolíticos son esenciales para poder predecir la evolución futura de la inmigración porque de poco vale que la inmigración sea un proceso beneficioso para la economía del país de destino en su conjunto si hay grupos en éste que se sienten amenazados por el aumento de población extranjera, por el

temor de perder sus empleos o porque creen que sus salarios no aumentan al mismo ritmo que en el pasado. Según los estudios y las encuestas que se comentan en el capítulo, los trabajadores menos cualificados son los más reacios a la inmigración, cosa esperable, y las poblaciones de los países de destino son en general más partidarias de abrir las fronteras a las mercancías de los países pobres que a la entrada de sus emigrantes. Estas actitudes de rechazo están relacionadas con la creencia de que los inmigrantes se benefician en exceso de las ventajas del Estado de bienestar del país de acogida. Las encuestas contienen una gran variedad de información que se resume en el capítulo y que es imposible tratar aquí.

Dehesa dedica el siguiente capítulo (el sexto) a analizar en detalle los efectos de la inmigración en los países de destino y que agrupa en tres categorías: efectos en el mercado laboral, efectos sobre el equilibrio presupuestario y efectos sobre la sostenibilidad del sistema de reparto de las pensiones. Los principales resultados son: la inmigración favorece, en general, al país receptor e incluso contribuye ligeramente a mejorar las oportunidades de empleo de los nativos; el impacto de la inmigración sobre las cuentas públicas es positivo a corto plazo y moderadamente negativo a largo plazo; en cuanto a los problemas causados en las sociedades avanzadas por el envejecimiento de la población, parece que a largo plazo la solución que puede esperarse que aporte la inmigración es de orden menor.

Este problema se analiza en más detalle en el capítulo 7, dedicado precisamente a estudiar la relación entre la inmigración y las consecuencias del envejecimiento de la población en los países desarrollados. Éstas son preocupantes porque, según Guillermo de la Dehesa, si la tendencia se mantiene, se manifestarán en “un menor crecimiento y una menor renta por habitante, haciendo inviables los sistemas públicos de sanidad, dependencia y pensiones, que son los tres pilares del Estado de bienestar” (156)

Dado este diagnóstico, la cuestión crucial es averiguar si la inmigración puede ser un remedio efectivo para los problemas económicos y fiscales de los países ricos, derivados de sus bajas tasas de natalidad y altas esperanzas de vida. Desgraciadamente, un análisis comparativo de los estudios realizados sobre el tema (de S. Feld, Birrell, OCDE, Feldstein y otros) no permite obtener conclusiones definitivas. Como ocurre a menudo en las ciencias sociales, los resultados varían al alterar ligeramente los supuestos y también al pasar de unos países a otros (y de unos periodos a otros dentro de un mismo país)

Los problemas asociados a la integración de los inmigrantes en el país de destino se tratan en el capítulo 8, en el que puede comprobarse, entre otras cosas, que Estados Unidos, considerado el crisol de las poblaciones emigrantes en el siglo XIX (*melting pot*), ha dejado de serlo en las últimas décadas como lo muestra un análisis de la movilidad social de sus inmigrantes. Además de esto, el autor nos acerca a los problemas de “dislocación cultural” que sufren muchas comunidades de inmigrantes y a los conflictos que viven algunas poblaciones islámicas en los países occidentales.

El capítulo 9, sobre las políticas de selección e integración de los inmigrantes, es la continuación lógica del anterior: tras describir las dolencias, vienen los remedios, no siempre acertados, que los países de acogida han puesto en marcha para aliviarlas. Es un inventario muy útil del arsenal de las medidas de selección de inmigrantes puestas en práctica en cada uno de los grandes países, con su evaluación correspondiente.

El capítulo 10 complementa a los anteriores, estudiando los efectos económicos, políticos y sociales de la emigración en los países de origen. Estos efectos pueden ser positivos o negativos y, en todo caso, difíciles de estimar. Sin ir más lejos, la fuga de cerebros, que puede ser perjudicial para el país de origen a corto plazo, se reconoce ahora que tiene efectos económicos beneficiosos a largo plazo (transferencias, integración del país en las redes de innovación científica) y efectos políticos más beneficiosos todavía (los profesionales emigrados suelen importar a su país de origen los valores democráticos y las pautas de conducta de sus países de acogida).

El capítulo 11 se concentra en el tema específico y tan de moda de las remesas de emigrantes, un componente de los movimientos internacionales de capital que ha experimentado un crecimiento espectacular en los tres últimos lustros hasta alcanzar un importe agregado más de dos veces superior a toda la ayuda oficial al desarrollo. Guillermo de la Dehesa estudia separadamente los aspectos microeconómicos y los aspectos macroeconómicos de las remesas.

Los dos últimos capítulos (el 12 y el 13) están dedicados a la inmigración en España, a estimar sus efectos y a evaluar las políticas de inmigración que se han aplicado. Una lectura cuidadosa de los estudios realizados por la Caixa Catalunya, BBVA, la Oficina Económica del Presidente del Gobierno y la publicación coordinada por Juan José Dolado y Pablo Vázquez (2007), entre otros, permite a Guillermo de la Dehesa llegar a conclusiones matizadas: la inmigración ha hecho una aportación positiva al aumento de la población activa y al crecimiento económico en España; ha mejorado el funcionamiento de nuestro mercado laboral al dinamizar la movilidad geográfica de la fuerza de trabajo; y ha contribuido a elevar el nivel educativo medio de la población (sorprendentemente, en promedio los inmigrantes tienen más años de escolaridad que los nativos).

Esta relación, esquemática del texto, da una idea muy pálida de la riqueza de su contenido. El autor ha tratado de cubrir todos los puntos de vista de un problema difícil y complejo, y en el esfuerzo por ser objetivo no ha rehuído las dificultades. A lo largo de la exposición, el lector se encuentra con el modelo de Heckscher-Ohlin, el modelo de Helpman-Krugman, la nueva Geografía Económica, el análisis del salario mínimo, el modelo de Mundell-Fleming, la trampa de la pobreza y con una variedad de datos estadísticos, desde índices de escolaridad y de delincuencia a indicadores de productividad y nivel de vida. A pesar de la modestia con que la presenta su autor, esta obra, con una bibliografía de más de quinientos títulos es un monumento de erudición orientada a un resultado práctico.

Guillermo de la Dehesa ha escrito un libro interesante, ameno y útil, que enseñará no sólo al profano sino a los expertos en estos temas. Los trabajadores sociales, los dedicados al voluntariado, los encargados de diseñar y administrar programas públicos de asistencia, los parlamentarios, los periodistas y los profesionales de las ciencias sociales harán bien en tener esta obra como referencia.

Es una pena que, por falta, sin duda, de una corrección de pruebas cuidadosa, se encuentren fallos y errores a lo largo del texto que empañan la calidad de una obra de este porte. Se trata de expresiones confusas que deberán subsanarse en una segunda edición. Sirva de ejemplo esta: "... ya que las curvas de demanda de trabajo tienden a inclinarse hacia abajo con la inmigración, por la misma razón los inmigrantes en los países de destino tienden a reducir los salarios de los países de destino" (página 114). Fallos semejantes aparecen en las páginas 80, 88, 94, 121, 147, 156, 167, 173, 291, 296 y 364.

Hay alguna falta por omisión. En la página 84 Hatton aparece como el cruzado para la creación de un ente internacional dedicado a las migraciones: "Timothy Hatton (2007)" señala que "el GATT" y la OMC han promovido la liberalización de comercio internacional y sin embargo no existe otra institución similar para la migración internacional, ...".Y no se menciona a Jagdish Bhagwati que viene preconizando la necesidad de este organismo desde 1992.

En la página 320 aparece una proposición tan elementalmente falsa que no merecería reseñarse si no fuera porque parece que hay peligro de contagio. Reza así: "[el tercer error] es creer que, si la población crece a mayor tasa que el PIB, el PIB por habitante necesariamente caerá." Es evidente que si el denominador de una fracción aumenta en mayor proporción que el numerador, el valor de la fracción disminuye y no tiene vuelta de hoja. Es tan evidente, que el pasaje citado sólo puede haber sido causado por un fallo involuntario. George Stigler solía decir que las falacias económicas se propagan con más rapidez que las proposiciones con respaldo científico. Y, en efecto, el 9 de agosto de 2008, William Chislett escribía en *El Imparcial*: "Y como explica muy bien de la Dehesa, el PIB por habitante no necesariamente caerá si la población crece a mayor tasa que el PIB". Stigler debe estar sonriendo en la tumba.

Pero estos fallos menores, fácilmente subsanables, en modo alguno restan mérito a un libro que incorpora un trabajo intenso de documentación y ordenación, que combina el rigor en el tratamiento de los temas con la orientación práctica y que, por su objetividad y realismo, va a contribuir, sin duda, a elevar el tono del debate público sobre el papel de la inmigración en la sociedad española.

Bibliografía:

BHAGWATI, Jagdish N. (1999): *A Stream of Windows: Unsettling Reflections on Trade, Inmigrations, and Democracy*. MIT Press.

HATTON, Timothy J. (2007): "Should we have a WTO for international migration?", *Economic Policy*, vol. 50, abril

OCDE (2006c): "Migration in OECD Countries: labour market impact and integration issues", París

SOWELL, Thomas (1997): "Migration and Cultures: a World View", New York Basic Books

WILLIAMSON, Jeffrey G. (2002): <<Winners and losers over two centuries of globalization>>, NBER Working Paper 9161

Alfonso Carbajo

Técnico Comercial y Economista del Estado

Desigualdades sociales en salud. Factores determinantes y elementos para la acción,

Marisol Rodríguez y Rosa Urbanos (Coords.), *Colección Economía de la Salud y Gestión Sanitaria, Elsevier Masson, 2008, págs. XIII + 217*

En los últimos años se observa un renacido y creciente interés investigador, tanto en el campo de la Salud Pública, como en el de la Economía de la Salud, así como en las prioridades de organizaciones supranacionales, por la identificación y el conocimiento del alcance de los determinantes sociales de la salud, un nuevo interés que viene sin duda motivado por la imagen que nos muestran los datos sobre niveles de salud en los países desarrollados: que las desigualdades en los niveles de salud siguen persistiendo, a pesar del ingente volumen de recursos económicos que esas sociedades destinan al mantenimiento de sistemas públicos de salud, de carácter universal, y con un catálogo cada vez más amplio de prestaciones. La existencia y disponibilidad de más y mejores fuentes de información sobre la distribución de la salud, así como sobre las principales causas de su desigual reparto, han servido para poner de manifiesto que a pesar de que los niveles medios de salud en los países desarrollados por lo general han mejorado, las desigualdades en salud entre grupos poblacionales no sólo no han desaparecido sino que han aumentado.

Mientras que en la década de los años 70 del pasado siglo, los economistas de la salud reservaron un lugar preferente de su agenda investigadora para el debate sobre la concreción de la noción de equidad en salud y en la asistencia sanitaria, esa prioridad se diluye progresivamente a finales de la década de los 80 toda vez que la mayoría de los sistemas sanitarios —especialmente en el Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda— incorporaron, con sus peculiaridades, gran parte de las aportaciones del debate teórico y de la actividad científica en los mecanismos de asignación de recursos entre territorios o entre proveedores de servicios. Desde entonces, poco o nada se ha aportado en la línea de las ideas nacidas con ocasión de la aplicación de las fórmulas del tipo RAWP en el Reino Unido, y en otros países de tradición anglosajona, y las aportaciones que se han podido hacer desde la Economía de la Salud sobre la equidad han sido muy escasas o casi inexistentes.